

De lo real a lo intangible

Tenía 10 años y recuerdo aún la textura y el olor de ese libro con portada blanca, letras azules y rojas; la emoción que me provocaba saber que entre toda esa compilación de cuentos cortos, estaba publicado uno que yo había escrito de mi puño y letra y que todos los que estaban en esa sala recibiendo su tomo, leerían mi texto; cómo después de insistirle mucho a mi papá, logré que me comprara esa enciclopedia ilustrada con la que pase tardes completas, fascinada por todos los contenidos y las imágenes, mientras se me abría el mundo entre sus páginas.

Recuerdo también mi primera computadora de escritorio que llegó después, y entonces sustituí las consultas de mi enciclopedia ilustrada por “Mi primer enciclopedia Encarta” que se encontraba cargada en mi nueva pc. Tiempo después, con la llegada del internet para uso particular en cada hogar, me fui cambiando las páginas de los libros por páginas web; los juegos de mesa por juegos en línea y las tardes jugando con mis amiguitos, por plataformas de redes sociales; sin pensarlo, había pasado a formar parte de la cultura digital.

Los libros de los que tanto había disfrutado una vez, simplemente se empolvieron; no fue hasta que ingresé a la universidad que caí en la cuenta de qué tanto me había inmerso en esta cultura del “todo rápido, todo fácil, todo posible y al alcance de un clic” y cómo mis habilidades de lectura y comprensión se habían modificado a raíz de este cambio; pero no solo las mías sino las quienes como yo comenzábamos la travesía universitaria.

Para comprenderlo primero habría que entender que “la cultura digital es una cultura de la información, que promueve la construcción conjunta y el intercambio. El conocimiento es un bien público digital” (Educ.ar, 2015). Todo esto gracias a la maravilla de internet, que en México fue en 1989 gracias a un proyecto solicitado por el Tec de Monterrey y en conjunto con ITESM, Conacyt y la

UNAM, que se articularon las primeras salidas de internet por un enlace telefónico con la Universidad de Austin Texas con fines académicos. (Conacyt Prensa, 2016)

Para 1992, ya todas las universidades públicas contaban con su propia red de internet; pero no fue hasta 1994 que Telmex adquirió las direcciones y comenzó a ofertar el servicio para uso particular (Conacyt Prensa, 2016), y desde entonces es que la sociedad entera comenzó a sumergirse en esta cultura digital en constante evolución donde se puede obtener información y contenidos desde cualquier parte del mundo mientras se tenga acceso a la web.

Imaginar siquiera las infinitas fuentes a las que tenemos acceso para consultar es increíble, aún más, a la cantidad de contenidos y conocimientos que es posible adquirir. Sin embargo, tanto flujo constante y desmedido de información nos ha llevado a un efecto de “teléfono descompuesto” en el que se desvía o modifica el contenido de tal manera que cuando llega a quien lo consulta muchas veces solo es fidedigno en una tercera parte, mientras que el resto se ha ido reconstruyendo sin fundamentos.

Y si esto es ya de por sí preocupante, ¿qué hay de nuestras capacidades de pensamiento, lectura y comprensión? Cuando se tiene acceso a la información ya “digerida”, nos evitamos la fatiga de pensar; y es triste incluso aceptar que yo misma he caído en la trampa de buscar síntesis de la información que necesito consultar, con tal de ahorrarme el trabajo de pensar y ocuparme en comprender la idea completa que el autor trata de transmitir.

Pero no todo es negativo. Una gran ventaja de la cultura digital es la apertura de espacios o páginas donde podemos ser libres de publicar nuestros textos e ideas y que pueden ser del conocimiento de millones de personas; grandes autores de la actualidad han sido disparados a la fama gracias a estas oportunidades.

Sí, todo es más fácil, más rápido y al alcance de cualquiera con un gadget e internet a la mano. Una biblioteca en un solo dispositivo dispuesta a ser consultada en cualquier momento. Pero ¿de verdad la experiencia de lectura y

escritura tradicional puede ser superada? Depende del usuario y su perspectiva personal además de qué tan consciente sea el uso que le da a estas herramientas digitales.

El reto real al que nos enfrentamos ahora es capacitar de verdad a los usuarios para que seamos responsables y no cedamos nuestras facultades volviéndonos absolutamente dependientes de la experiencia digital, olvidándonos de lo tangible; nada reemplazará por completo lo apacible y benéfico de plasmar nuestras ideas con pluma y papel, pero sobre todo y más importante, que nada nos robe nuestra arma más valiosa y que nos hace superiores al resto de los seres: nuestra capacidad de pensamiento y comprensión.

REFERENCIAS:

CONACYT (2016). *Historia de internet en México*. Recuperado el 27 de octubre del 2017, de <http://www.conacytprensa.mx/index.php/ciencia/humanidades/7839-historia-de-internet-en-mexico-reportaje>

Educ.ar (2015). *Hablamos de... Cultura digital*. Recuperado el 27 de octubre del 2017, de <https://www.educ.ar/noticias/129252/hablamos-de-cultura-digital>

El Cultural.es (2012). *En línea. Leer y escribir en la red*. Recuperado el 27 de octubre del 2017, de <https://www.upf.edu/documents/2853238/0/Villanueva.pdf/bc67ee93-c83b-4321-8ec1-ef90bd20d097>

Humanidades Digitales (2016). *Cultura Digital*. Recuperado el 27 de octubre del 2017, de <http://humanidadesdigitales.net/blog/2016/08/13/cultura-digital/>

Matínez, V. *Cultura digital: ventajas y desventajas de la red global*. Recuperado el 27 de octubre del 2017, de <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n49/bienal/Mesa%209/VictorMartinez.pdf>